

Andarse por las ramas: ¿Quiénes andan armados?

Laura E. Asturias

El 3 de junio, el diario *Prensa Libre* publicó un reportaje de la periodista Olga López titulado *Armas llegan a las aulas*. La información, a qué negarlo, tiene un gran valor: ya era hora que alguien empezara a investigar la portación de armas dentro de las escuelas. Pero aquí vale señalar la importancia también del uso de lenguaje específico cuando se trata de fenómenos sociales en los que unos son victimarios y otros (sobre todo, otras) resultan ser las víctimas.

En el reportaje, Rubén Chavén, del Consejo Nacional de Colegios Privados, dice que *por la sicosis de secuestros, muchos padres han optado por dar un arma a sus hijos, lo cual, en lugar de beneficiarlos en su formación, los perjudica*. A ello agrega que *muchos colegios han tomado medidas de seguridad, a efecto de que los jóvenes no ingresen armas y así evitar accidentes*.

Los hijos y los jóvenes de quienes se habla, ¿son niñas o varones? ¿Y qué hay de los padres? ¿Son hombres los que están armando a sus hijos, o serán las madres quienes, como dice Chavén, dan el ejemplo *porque portan un arma para resguardar su integridad, debido a la violencia que prevalece en el país*?

Según las citas, parecería que tanto ellas como ellos, personas jóvenes o adultas, se están armando para protegerse. Y esto simplemente no es así. Todavía no conozco una sola madre que, para ayudar a resguardar la integridad de su hija, salga y le compre un revólver.

En otra nota, del día anterior, Olga López también reportó que, según el director del Departamento de Control de Armas y Municiones, Carlos Betancourt, sólo durante el año 2000 el DECAM extendió 26,017 licencias de portación y renovación. Entre las personas a quienes las extendió, ¿cuántos eran hombres y cuántas mujeres? La falta de especificidad oculta hechos que, borrados del ojo público, contribuyen a no atacar los problemas del país desde donde se los debe atacar: de raíz. En nada ayuda omitir que son hombres quienes, además de portar y usar armas, fomentan la pistolización social al darles un arma a sus hijos varones.

Algunas fuentes consultadas para el reportaje del 3 de junio, haciendo eco de otras voces en la sociedad, atribuyen el uso de armas *a los niveles de inseguridad, la influencia de los programas televisivos, la desintegración familiar y la falta de campañas educativas sobre valores morales*.

Aquí caben varias preguntas: ¿Quiénes han provocado los elevados niveles de inseguridad social? ¿Quiénes deciden sobre la programación de la abominable televisión nacional? ¿Quiénes abandonan hogares, incumplen con las pensiones alimenticias y son los principales responsables de la desintegración familiar? ¿Quiénes han perdido los valores morales y, por tanto, tendrían que recuperarlos?

Sobran ejemplos de niños que agreden a niños y niñas, de violadores en las calles, de esposas obligadas por sus maridos a tener relaciones sexuales; de acosadores sexuales. La sociedad lo sabe: en su inmensa mayoría, son hombres quienes protagonizan actos de violencia. Entonces, ¿por qué andarnos por las ramas, callando esa verdad?

No especificar el sexo de quienes están armados y perpetran violencia es oscurecer un hecho innegable: que muchas personas desarmadas, particularmente mujeres, vivimos con el constante temor de ser víctimas del antojo o la intención criminal de algún hombre, sea en las calles o en los hogares. La violencia (física, verbal, psicológica) sigue siendo la norma de *masculinidad* imperante en todos los ámbitos. No reconocerlo es esquivar el análisis de las formas en que muchos varones se convierten en hombres: endureciéndose, estimulados a pelear y lastimar, a violar y matar.

Si son hombres quienes han creado esta cultura de muerte, ¿cómo van a empezar a desmantelarla? Las mujeres ya estamos haciendo suficiente para combatir tanta violencia.